

do despues de Pentecostés. Sobre la restitucion.....	174.
VIII. Para el Domingo vigésimotercio despues de Pentecostés. Sobre el deseo ó disgusto de la Comunión.....	203.
IX.... Para el Domingo vigésimoquarto despues de Pentecostés. Sobre el Juicio de Dios.....	230.
Compendio de los Sermones que contiene este Tomo.....	257.

el caracter del Cristiano 27.
 III.... Para el Domingo vigésimotercio despues de Pentecostés. Sobre la recata de la culpa..... 33.
 IV.... Para el Domingo vigésimoquarto despues de Pentecostés. Sobre la escrupulosidad..... 63.
 V.... Para el Domingo vigésimoquinto despues de Pentecostés. Sobre el celo de la Religion..... 115.
 VI.... Para el Domingo vigésimosexto despues de Pentecostés. Sobre el perdon de las injurias..... 145.
 VII.... Para el Domingo vigésimoséptimo despues de Pentecostés. Sobre el perdon de las injurias..... 175.

SER-



S E R M O N

PARA EL DOMINGO DECIMOSEXTO

DESPUES DE PENTECOSTES.

De la ambicion.

Dicebat autem & ad invitatos Parabolam, intendens quomodo primos accubitus eligerent.

Dixo despues á los convidados una Parábola, observando como escogian los primeros asientos. San Lucas al cap. 14. v. 7.

DE todo se valia el Salvador del mundo sin perder ocasion de quantas se ofrecian para sacar de todo saludables instrucciones, y explicar su celestial doctrina. Fué convidado á un banquete á que asistió multitud de Fariseos: Vió él Señor su soberbia, y observó la arrogancia con que se atribuyéron todos los honores, colocándose por sí mismos en los primeros asientos. Este fué siempre el espíritu dominante de aquellos falsos Doctores de la Ley, querer distinguirse en todo, dominarlo todo, y ser sumamente zelosos de una Tom. VIII. Dominicas. A su-



superioridad vana, que los lisonjaba; y con que fomentaban y mantenian su ambicion. Pero qué hace el Hijo de Dios para abatir estas grandes ideas, y esta soberbia de su corazon? Con un exemplo particular les propone una doctrina general; y en la Parábola del convite de las bodas, donde quiere que una modestia humilde y moderada los coloque en los últimos asientos, comprehende todos los estados, todos los tiempos, y todos los sucesos de la vida, en que la humildad debe reprimir nuestros deseos ambiciosos, é inspirarnos una circunspeccion prudente y cristiana: *Cum inuitatus fueris ad nuptias recumbe in novissimo loco*. Máxima que no fué del gusto de aquellos hombres vanos y orgullosos, á quienes Jesu-Christo intentaba instruir; y que en nuestros dias no es mejor seguida, ni practicada en el Christianismo. Desde los grandes hasta los pequeños, y desde el trono hasta el estado mas vil y despreciable, es muy dificultoso hallar persona que mas ó ménos, segun su estado, no quiera elevarse, y no diga como aquel Angel que se desvaneció en sus pensamientos: Yo subiré: *Ascendam*? Quién podrá expresar los desórdenes que ha causado hasta nuestros dias esta pasion vituperable, y cuántos males produce en la sociedad humana? Esto me obliga á combatirla; y para desarraigarla de vuestros corazones, y destruirla debo emplear toda la fuerza y eficacia de la palabra de Dios. Virgen Santa, que por vuestra humildad concebisteis en vuestro casto vientre al Verbo de Dios, favorecedme con vuestro auxilio, y alcanzadme con vuestra intercesion poderosa las gracias que necesito y os pido, diciendos: AVE MARIA.

Para conocer bien la pasion que intento destruir, y para inspiraros el justo horror que merece, es necesario considerar sus caracteres ó señales, que reduciré á tres: y son la ceguedad, la presuncion, y la envidia que excita, ó el odio comun que nos atrae. Estas tres cosas deaota el Evangelio de este dia, y de ellas voy á hacer la division de este Discurso. Un hombre que

asis-

asiste á un banquete de boda, y se coloca en el primer asiento, sin exáminar, si otro mas digno que él, ó constituido en superior dignidad, ha sido convidado, nos representa á un mismo tiempo la ceguedad y presuncion del ambicioso; y el sonrojo que padece al arrojarle el Señor del banquete, es una imágen natural de la indignacion con que por lo comun miramos al ambicioso, y del zelo con que interiormente nos sentimos disgustados y enojados contra él. Pero sea como fuere, amados oyentes míos, descubro en ella tres grandes desórdenes de la ambicion, descubro en ella tres grandes desórdenes, segun los tres aspectos por donde la miro. Es ciega en sus pretensiones, presuntuosa en sus juicios, y odiosa en sus efectos. Y qué remedio hay para todo esto? No hay otro sino la humildad santa que tan eficazmente se nos recomienda en este dia, y que sola puede moderar y corregir un deseo desordenado de ostentacion y engrandecimiento. Si la ambicion, segun su primer carácter, es ciega en sus solicitudes, la humildad debe ratificar los designios engañosos y falsos. Si la ambicion es segun su segundo carácter presuntuosa en sus juicios, la humildad debe abatir esta grande estimacion de nosotros mismos, y de las qualidades que nos figuramos tener. En fin, si la ambicion es segun su tercero y último carácter odiosa en sus consecuencias, la humildad debe prevenir las, y ella en qualquier estado en que nos hallemos elevados, nos mantendrá siempre unidos al próximo con el corazon. Ved en tres palabras todo el objeto de vuestra atencion.

PARTE PRIMERA.

No hay pasion alguna que no ciegue al hombre, y le haga ver las cosas con una exterioridad, y aparente vislumbre, en la que le parezcan todo aquello que no son, y en la que nada vea de lo que son en sí. Pero se puede decir, Christianos, y es verdad, que este carácter conviene particularmente á la ambicion. Como

A 2

la

la ciencia del bien y del mal fué el primer fruto que buscó el hombre, y el que se atrevió á prometerse quando se dexó arrastrar de la vanidad de sus deseos; así la ignorancia y el error es la primera pena que experimentó, y á la que Dios le condenó para castigar su orgullo y confundirle. El quiso, elevándose sobre sí mismo, conocer las cosas como Dios: *Eritis sicut dii, scientes bonum, & malum.* (a) Y Dios le humilló, quitándole aun los conocimientos útiles y saludables que como hombre tenia. Entregado á su ambicion, vino á ser con su pretendida ciencia ménos inteligente y sabio que un niño á quien falta el juicio y la conducta; y pareció que todas las luces de su razon se habian eclipsado desde que concibió el designio de subir á un grado mas alto, que aquel en que Dios le habia colocado. Ved, amados oyentes míos, el punto de moral, que nuestra Religion nos propone como un punto de fe; y es tan indisputable, que los Filósofos Paganos lo han reconocido. Por mas ambiciosos que hayan sido aquellos sabios del mundo, han confesado que en esto mismo estaban ciegos, y nunca han parecido mas juiciosos, ni mas eloquentes, que quando se han aplicado, segun lo vemos en sus obras, á descubrir y manifestar las tinieblas sensibles que la ambicion acostumbra á derramar en un espíritu. Este era el asunto ordinario en que Lucian y triunfaban.

En efecto, considerando la cosa en sí misma, y sin examinar lo que en este punto ha pensado la Filosofia humana, qué ceguedad no es para un hombre, que en su origen es la misma baxeza, querer con todo empeño hacerse grande; ó desesperado de serlo, querer á lo ménos parecerlo, y afectar la exterioridad y la apariéncia! Qué ceguedad no es desear siempre lo que no tiene, y no contentarse jamas con lo que tiene! Hacer consistir su felicidad en ser lo que no es, y por lo comun

lo

(a) Genes. 3. v. 5.

lo que no será jamas, y vivir en un continuo disgusto de ser lo que es, y de buscar toda su vida lo que no halla, y lo que es incapaz de hallar, que es el reposo y la paz del corazon; porque así como es esencial á un ambicioso aspirar á estar contento, del mismo modo es cierto que jamas llegará á conseguirlo. Qué ceguedad no es, pues, tener gusto y complacencia en cargarse de cuidados, de penas y de fatigas, y encargarse de ellas hasta brumarse si pudiera, y hacerse una gloria de esta opresion y modestia? Esta es la gran locura en que termina la ambicion, y el término á que aspira. Pero aun no es esto todo. Qué ceguedad no es, y qué especie de encanto, empeñarse en padecer tantas miserias por un fantasma de honor, que nada tiene de sólido, que no da el mérito, ni por lo comun tampoco lo supone, ántes bien contribuye á hacerle perder; que no subsiste sino en la idea de algunos hombres engañados; que se hace el juguete del capricho y de la inconstancia, y que á lo mas no puede estenderse sino al tiempo de una vida corta para desaparecer prontamente en la muerte, y desvanecerse como un humo, y un vapor?

Así habló Salomon, el mas iluminado de todos los Reyes, y así lo habia conocido por experiencia propia. Ved lo que nos ha representado muy bien, y lo que ha comprendido en dos palabras, quando llorando sus pasados errores dice: Yo he querido satisfacer mi deseo, y nada he omitido, ni excusado á este fin: Yo he construido soberbios Palacios; he amontonado tesoros; he hecho lucir el poder y magnificencia de mi Reyno, y lo he empleado todo en elevar y aumentar mi grandeza: pero baxo de tan bellas apariencias no he hallado sino afliccion de espíritu y vanidad: *Et ecce universa vanitas, & afflictio spiritus.* (a) Observad, Christianos, que solo es afliccion del espíritu y vanidad á lo que se

re-

(a) Eccles. I. v. 14.

reducen todos los anhelos y proyectos de la ambicion, y esto es lo que causa una doble ceguedad. Y para hablar mas por menor de lo que solamente os he manifestado hasta ahora en general, y para daros de ello una inteligencia mas perfecta digo, que la ambicion es doblemente ciega en sus diligencias y proyectos, y ved el como. En primer lugar, porque se propone en esto una pretendida felicidad, y no encuentra sino pesares y cruces, y todo lo que llamamos afliccion de espíritu: *Afflictio spiritus*. Y en segundo lugar, porque en ello se propone una verdadera grandeza, y no encuentra sino una grandeza vana y por lo comun, su humillacion é ignominia: *Universa vanitas*. No es, pues, la mayor ceguedad, obrar por principios tan chiméricos, y ser gobernado por ideas tan contrarias á la verdad? Escuchadme, pues, y desengañaos.

Apénas podia volver en sí San Bernardo de la admiracion y asombro que le causaba el considerar por una parte todo lo que la ambicion acarrea de inquietudes, de sobresaltos, de turbaciones, de agitaciones, de dolores interiores y desesperaciones, y ver por otra parte tantos ambiciosos, lleno el mundo de gentes poseídas de una pasion tan cruel, y que ellos mismos son los que la mantienen y alimentan en su seno. O ambicion! exclama este Padre, por qué especie de encanto sucede, que siendo tú el suplicio del corazon en que has nacido, y en que exerces tu imperio, no hay persona á quien no agradeas, y que no se dexé sorprender del atractivo lisongero que le presentas! *O ambitio quomodo omnes torquens, omnibus places!* No busquemos otra causa que la ceguedad en que precipita al ambicioso. Ella le manifiesta por término de sus diligencias y fatigas, un estado floreciente, en que nada tendrá que desear, porque sus deseos se verán cumplidos; en que gozará el placer y gusto mas dulce para él, y que mas sensiblemente le habia movido; es á saber, dominar, mandar, ser árbitro en los negocios, dispensador de las gracias y de los beneficios, brillar en un ministerio,

rio, ó en una dignidad grande, recibir en ella los incienso y sumisiones del público, y hacerse temer, honrar y respetar. Todo esto junto en un punto de vista, le manifiesta la idea mas agradable, y pinta á su imaginacion el objeto mas conforme á los deseos de su corazon: pero en el fondo, esto no es mas que una idea; y lo que hay aquí mas real es, que para llegar á esto es necesario andar un camino lleno de espinas y de dificultades: pero de qué espinas y dificultades? Atended.

Para llegar á este estado, en que la ambicion se figura tantos embelesos, es menester tomar mil medidas y precauciones, todas igualmente molestas, y todas contrarias á sus inclinaciones. Son menester muchas reflexiones y estudios; formar pensamientos sobre pensamientos; designios sobre designios; medir todas sus palabras; componer todos sus movimientos; y tener una atencion perpetua y sin descanso, ya sobre sí mismo, ya sobre los otros. Para satisfacer una sola pasion, que es la de elevarse, es menester satisfacerse á todas las pasiones: porque acaso hay en nosotros alguna; que la ambicion no suscite contra nosotros mismos? La ambicion, segun las diferentes circunstancias y ocasiones, y los varios afectos que la mueven, ya nos aflige con los despechos mas amorosos, ya nos envenena con enemistades mortales, ya nos inflama con iras violentas, ya nos agovia con las mas profundas tristezas, ya nos consume y deseca con las mas fieras melancolias, ya nos devora con las envidias mas crueles; y en fin, hace sufrir á un alma como una especie de infierno, y que sea despedazada con mil verdugos interiores y domésticos. Para llegar á aquel estado que pretendemos, y para abrirse paso por entre todos los obstáculos que nos cierran el camino, es menester entrar en guerra con los competidores que aspiran á aquel puesto igualmente que nosotros; que descubren nuestros designios y diligencias; que desordenan nuestros proyectos; que nos detienen nuestros pasos; para lo qual es menester oponer crédito á crédito, protector á protector, y su-

jetarse á executar con frecuencia acciones muy enfadosas, tolerar mil desayres, digerir mil disgustos, hacer mil movimientos, no ser dueño de sí mismo, y vivir en el tumulto y la confusion. Así con la esperanza de subir á un grado á que no se llega en un momento, es menester soportar dilaciones y demoras, capaces no solo de exercitar, sino de apurar toda la paciencia; y durando muchos años, es menester penar con la incertidumbre del suceso siempre vacilante entre la esperanza y el temor, y por lo comun despues de infinitas dilaciones, teniendo el terrible disgusto de ver estancadas, y con mal suceso todas sus pretensiones, y no logrando por recompensa de tantos pasos, tan desgraciadamente perdidos, sino la rabia y el enfado en el corazon, y la vergüenza y bochorno delante de los hombres. Aun mas: despues de lograr el estado y dignidad que apetecemos, bien léjos de poner límites á la ambicion, y de apagar su fuego, no sirve sino de irritarla mas y encenderla, pasando de un grado á otro; de modo que nada hay á que no se incline, nada en que se fixe, nada que no se quiera poseer, ni nada que se disfrute; siendo todo esto una continua y perpetua sucesion de designios, de deseos, y de empresas; y por conseqüencia necesario un perpetuo tormento. De suerte, que para turbar toda la dulzura de aquel estado, no es menester mas por lo comun, que la circunstancia mas leve, y el asunto mas ligero; porque un espíritu ambicioso lo aumenta y abulta de tal modo, que se hace de él un monstruo. Porque el carácter de la ambicion es hacer á un hombre sensible hasta el exceso, delicado en todo, y en todo desconfiado. Mirad á Aman: qué le faltaba? Era favorecido del Príncipe, era el mas opulento y poderoso de toda la Corte de Asuero; pero Mardocheo sentado á la puerta del Palacio, no le hacia cortesía; y por el resentimiento y disgusto que de esto concibió, llegó á ser desgraciado en medio de todo quanto puede hacer al hombre feliz. Así, tanto como le ha costado el establecerse en aquel

estado, otro tanto le debe costar el mantenerse en él. Quántos lazos no hay que evitar? Quántos artificios, traiciones, y golpes fatales que prevenir? Quántos reveses que temer? Aun mas aquel estado en lugar de ser por sí mismo un estado de reposo, es una obligacion y empeño para el trabajo, es una carga y un peso muy grande, si se han de cumplir todas sus obligaciones, que son tanto mas extensas y pesadas, quanto el estado es de mas honor; y un peso algunas veces sobre sus fuerzas, con que se abate y se dexa rendir; de que nacen tantas quejas, que hay que tolerar, tantas murmuraciones, baldones y desprecios. Con que en aquel estado en que el ambicioso creía hallar una felicidad imaginaria, solo esto hay de verdadero, de cierto y de inevitable.

Esto es lo que su ambicion le oculta, ó en lo que le impide pensar. A lo ménos si él piensa, es solo lo que su ambicion le disfraza, como si todo ello no fuera nada en comparacion del bien á que aspira: muera yo (decía Agrippina, aquella ambiciosa madre á quien le anunciaban que su hijo poseería el Imperio, pero que colocado en el trono sería enemigo de ella, y la daría la muerte) muera yo con tal que él reyne. Porque mirando las cosas de léjos, y sin llegar á la experiencia, nadie se commueve sino de lo que tiene de especioso y brillante aquella dignidad y graduacion honorífica, y aquella preeminencia: pero la práctica y uso nos descubre con demasiada evidencia este error; y en esto muchos mundanos se ven obligados á convenir. No son ellos los primeros que lloran su locura quando se han dexado infatuar de algun fantasma, que les engañaba? *Nos insensati*: (a) No son ellos los primeros en quejarse de que han ido por caminos difíciles para llegar á un término que no les ha puesto en una situacion ménos laboriosa, ni mas tranquila: *Ambulabimus vias dif-*

Tom. VIII. Dominicas.

B

(a) Sap. cap. 5. v. 4.

faciles. No los oímos lastimarse, y desear la tranquilidad y paz de una condición mediana y privada, en que se tiene todo lo que se desea, porque se contentan en ella con lo que tienen, y no se desea nada mas? En qué amargaras y congojas no los vemos sumergidos? Y si fuéramos testigos de todo lo que se tolera y pasa en lo interior de su vida, y de todo lo que sienten en el fondo de su corazón, aunque sea su fortuna la que se quiera, quién la desearía á este precio: y quién querría comprarla?

Sobre todo, si á esto se añade una segunda consideración, se llega á comprehender bien otra ceguedad del ambicioso. Esta es, que él se propone por fruto de sus proyectos y trabajos una verdadera grandeza, que no es mas que vanidad: *Universa vanitas*. Como es esto? Continúa en vuestra atención. Vanidad es por sí misma, y en sí misma. Porque qué es esta grandeza de que somos idólatras? Y en qué la hacemos consistir? A lo ménos, si se fundára en un mérito real; si consistiera en una vigilancia y cuidado mas atento, en un trabajo mas constante, y en el cumplimiento de todas sus obligaciones, puede ser que en ella hubiese alguna solidez; pero si llega á ser grande lo es por la predilección del Príncipe, y el favor que en él halla; por los respetos y honores que se reciben del público; por la autoridad que se exerce y de que se abusa; por los privilegios, y superioridad del empleo y lugar que se ocupa, y que no se llena; por la extensión de Señorios y Estados; por la profusión de los gastos; por un fausto sin moderación ni límites, y por un luxo sin medida: esto es, se llega á hacer grande, y con efecto lo es, por todo aquello que no depende, ni nace de nosotros, sino que está fuera de nosotros; y así no lo es en su persona, ni por su persona. Vanidad hay tambien en los medios que hay que emplear en esta grandeza falsa, ya para llegar con prontitud á conseguirla, ya despues para afirmarse en ella. Examinemos bien sobre qué fundamentos están sostenidas las mayores

res fortunas, y veremos, que no han tenido otros principios, y que aun en el día no tienen otro apoyo que el de las adulaciones mas bajas, las complacencias mas serviles, la esclavitud y dependencia. De modo, que un hombre nunca es mas pequeño que quando parece mas grande, y que quando tiene por exemplo en una Corte otros tantos Señores, de quien depende, como gentes hay de todos estados de quienes espera que le ayuden, ó de los que teme no le atiendan, ni sirvan. Vanidad hay tambien en la duración de esta grandeza mortal y pasajera. Han sido menester muchos años, y casi siglos para construir este soberbio edificio; pero para destruirle enteramente, qué es necesario? Un instante, y nada mas. Un instante que no se puede evitar, que es el de la muerte, al que toda la grandeza no puede detener. Instante tanto mas cercano, quanto mas tiempo se ha pasado para haber podido llegar al fin de sus deseos ambiciosos. Instante que borra bien pronto, no solo todo el esplendor de la grandeza, sino hasta la memoria de grande, y lo sepulta todo en un eterno olvido; en fin, vanidad es por las mudanzas y tristes resoluciones á que desde esta vida misma, y sin esperar la muerte está expuesta y sujeta esta grandeza. Quántos grandes han sobrevivido, y sobreviven en algun modo á sí mismos, sobreviviendo á su grandeza? Quántos han escuchado aquella palabra de nuestro Evangelio tan triste para un alma ambiciosa: *Da huic locum*: Dad el empleo que tenéis á aquel otro, y retiraos? Con qué ojos han mirado entónces toda la fortuna del siglo? Quántas veces instruidos, aunque tarde, y á sus propias expensas han exclamado: *Et ecce universa vanitas*. Es verdad que estas caídas y desgracias no son universales, pero son bastante frecuentes y asombrosas para no poder estar asegurados. Qué ceguedad es vivir en una incertidumbre semejante, expuesto siempre á los caprichos de uno, ó á las traiciones de otro, y siempre á riesgo de una ruina espantosa?

La ceguedad del ambicioso aun está en no aten-

der á nada de esto, ó en no tener cuidado alguno de ello, con tal que espere acabar la carrera que se ha propuesto, y llegar hasta el fin de lo que tiene en su imaginación. En vano le ofrece el mundo mil exemplares de lo que digo; en vano le vienen á la imaginación mil reflexiones sobre lo que pasa á su vista, y cerca de él; y en vano oye hablar, y discurrir á los mas sensatos y cuerdos: porque no escucha sino su ambición, que le desatina y atolondra, á fuerza de gritarle sin cesar, pero en distinto sentido que el Evangelio: *Ascende superius*. Sigue tu camino, y no te detengas. Tal empleo está vacante por una casualidad, que debería servirle de instrucción, y entibiarse; y esto le ciega mas que nunca, y le anima con una actividad extraordinaria. La experiencia de aquel, ni la desgracia del otro, no son para él de consecuencia ni regla: parece que tiene prendas seguras de su destino, y que él debe ser privilegiado. A lo ménos quiere hacer la prueba de ello, y nada hay que no esté dispuesto á probar y experimentar á este fin. Dexémosle, pues, correr á su voluntad por el camino que se ha empeñado á seguir, y extraviarse en él. Y en quanto á nosotros, amados oyentes míos, siguiendo las luces de la razón, y mas bien las de la Religión, aprovechémonos de la divina lección que nos da nuestro Sagrado Maestro: *Discite à me, quia mitis sum & humilis corde*. (a) Ved lo que debemos aprehender de él: ser humildes de corazón. La humildad rectificará todas nuestras ideas: nos hará buscar el reposo donde se halla, quiero decir, en el desprecio de todos los honores del siglo, y en un retiro santo: *Et invenietis requiem animabus vestris*. Ella nos establecerá y colocará en una grandeza sólida, elevándonos por una renuncia cristiana de toda grandeza perecedera, y de este modo corregirá la ceguera de nuestro espíritu, y nos preserva-

(a) Matth. cap. 11. v. 29.

rá tambien de otro desórden de la ambición, que es el ser presuntuosa en sus juicios. Dad igual atención á esta segunda parte.

PARTE SEGUNDA.

Yo encuentro que es muy sólida, y de un profundo sentido la reflexión que hace San Ambrosio, quando dice, que un ambicioso que obra segun el movimiento de esta pasión que le domina, ha de ser necesariamente, ó muy injusto, ó muy presuntuoso. Muy injusto, si busca los honores y empleos de que él mismo se reconoce indigno; ó muy presuntuoso, si los pretende y procura, persuadiendo á que es digno de ellos. Sucede muy pocas veces, añade este Santo Doctor, que nos hagamos con sinceridad la justicia de persuadirnos á nuestra propia indignidad. De lo que infiere, que el gran principio sobre que se funda la ambición de la mayor parte de los hombres, es por lo comun la presunción, ó una idea y juicio secreto, que forman de su capacidad: y de aqui, Christianos, saco la prueba de la segunda proposición que he establecido. Porque observad si quereis, todas las consecuencias que se siguen de este discurso, las que voy á aclarar y manifestar. El ambicioso aspira á todo, y todo lo pretende; luego se cree capaz de todo. El no pone límites á su fortuna, ni á sus deseos: luego tampoco los pone á la opinión y juicio que tiene de su mérito y de su persona. Me explicaré. Qué es un ambicioso? Es un hombre, responde San Juan Chrisóstomo, pagado de sí mismo, que se lisongea poder desempeñar y soportar todo aquello que cree le puede engrandecer; que segun los distintos estados en que se halla empeñado, presume tener bastantes fuerzas, y proporción para encargarse de los cuidados mas importantes; bastante conocimiento y capacidad para manejar los negocios mas delicados; bastante integridad para juzgar de los intereses públicos, bastante zelo y perfección para gobernar la

Iglesia; proporcionado genio y política para entrar al consejo de los Reyes: no halla empleo, ni función superior á sus fuerzas; recompensa que no se le deba; favor que no merezca; y en una palabra, nada renuncia, ni de nada se excluye.

Preguntadle si en aquel empleo, cuyo lustre y esplendor le deslumbra, podrá desempeñar todas las obligaciones que á él están unidas; y si tendrá toda la penetración de espíritu que se requiere, toda la rectitud de corazón, y toda la asistencia y continuación necesaria: es decir, si estará bastante instruido para discernir justamente la inocencia, y el derecho de justicia; si tendrá la inflexibilidad que se requiere para no conceder nada por el influxo del favor contra la equidad ó la justicia; si será bastantemente laborioso para dar cumplimiento á todos los cuidados, y á todos los negocios que se le presentaren; si tendrá un alma capaz de elevarse sobre todo respeto humano, sobre toda lisonja, sobre todo elogio, y sobre toda censura, haciendo lo que conocerá le han de vituperar y reprobar, y no executando lo que conocerá le han de aprobar y aplaudir, quando su conciencia le dicte obrar de este modo. Si despues de haberse defendido de los demas podrá libertarse y defenderse de sí mismo, no mirando sus ventajas, ni particulares adelantamientos; no profanando su dignidad por viles intereses, no empleando su autoridad, ni usando de ella como de un bien de que es el dueño, sino manijándola como un depósito de que debe responder, y no atendiendo á lo que puede sino para satisfacer lo que debe. Proponedle todo esto, y despues de haberlo hecho comprehendier la dificultad grande que en ello hay, preguntadle si podrá desempeñarlo todo, y si lo querrá aceptar: como se lo promete todo de sí mismo, os responderá sin dudar lo que los dos hijos del Zebedeo en el Evangelio de San Mateo: *Posumus.* (a) Sí, yo lo puedo todo; yo lo ha-

(a) Matth. cap. 20. v. 22.

haré. Pero yo, Christianos, infero de esto mismo, que él no lo hará; porque su sola presunción es un obstáculo para hacerlo, y mucho mas para hacerlo bien. Con efecto, estos hombres que están tan satisfechos de sí, fuera de la ocasión, suelen ser los primeros que se dexan corromper quando se ven expuestos á la tentación. En quién se puede confiar, pregunta San Agustín? En aquel que desconfía de sí mismo; porque la desconfianza que tiene de sí, me asegura de él. Esta desconfianza es opuesta esencialmente á la conducta y juicio de un alma ambiciosa.

Añadid á esto, que los sugetos mas incapaces son, por lo comun los mas presumidos, y por consecuencia natural son los mas activos en adelantarse y elevarse. Pues apenas oíreis en tiempo alguno á un hombre juicioso y cuerdo, y de un mérito sólido darse á sí mismo este testimonio ventajoso: yo puedo esto; yo tengo derecho á aquel puesto; aquel empleo no es superior á mis fuerzas; yo tengo las qualidades y proporciones necesarias para ocupar y desempeñar aquel encargo. Este lenguaje no es propio sino de un espíritu ligero y vano. De aquí nace, que la modestia (que como lo observó muy bien el Filósofo, debería ser naturalmente la virtud de los imperfectos) es por el contrario la de los perfectos; y que los mas presuntuosos han sido siempre aquellos que debían serlo ménos. Y como el adelantamiento de los hombres en los estados y puestos de honor, depende en mucha parte de lo que cada uno por sí á ello contribuye, y de la conducta y manejo que tiene para insinuarse y establecerse, de aquí procede tambien por un funesto trastorno, que las primeras dignidades y puestos, las ocupan por lo comun los mas indignos, mas ignorantes, y mas viciosos, mientras los sabios, los prudentes, y las gentes de honor permanecen en la obscuridad y en el olvido; porque nada hay que dé mas osadía y atrevimiento, que la ignorancia y el vicio para tomar con libertad, y sin temor la superioridad en todo. Esto era

lo que en otros tiempos hacia gemir y lamentarse á San Bernardo; y este escándalo sería en el dia mas universal si no hubiera un cierto juicio público é incorruptible que se opone á la empresa de estos espíritus vanos, hasta que el juicio de Dios castigue los excesos con los que es imposible, que su providencia no se halle ofendida.

A mas de esto, es muy extraño que un ambicioso se crea capaz de las cosas mas grandes sin haberse ántes experimentado, y sin haber hecho algun ensayo y prueba de su espíritu, de sus talentos, y de su natural; pero al fin, nada hay mas comun que este desorden. Porque, dónde se encontrarán hoy de aquellos pretendientes de los honores del siglo, que ántes de hacer las diligencias y pretensiones á que les obliga su ambicion, tengan cuidado de reflexionar, y entrar dentro de sí mismos para conocerse; y que con la consideracion de su empleo y graduacion futura se formen y acostumbren poco á poco á ser lo que algun dia deben ser, ó lo que quieren llegar á ser? Basta tener medios con que comprar aquel empleo para creer y persuadirse á que están en estado de poseerlo y ejercerlo: basta que una familia tenga interes en que por alguno de ella se adquiera y tenga tal corgo y graduacion para no dudar si es proporcionado para tal empleo. Este interes de familia suple todas las qualidades y mérito que se pueden desear, y basta para autorizar todas las diligencias y pretensiones. Si las leyes prescriben alguna cosa mas, si exigen algunas pruebas y experiencias para el conocimiento de los sujetos, se hacen por ceremonia; y con la comparacion que se hace de sí mismo con muchos otros que ántes ha habido, se juzga suficiente para salir de ello con honor. Si aquellos á quienes pertenece corregir estos abusos hacen estatutos para arreglarlos, se miran como vejaciones. Todo se puede sin estar jamas dispuesto para nada; se hacen despues experiencias á costa de otros, y se instruyen en las cosas por las ignorancias y errores que en el exercicio se cometan. San Pablo no

que-

queria que un Neophito fuera de repente elevado á ciertas distinciones, y estaba persuadido á que la humildad debia elevar por grados los méritos mas sólidos y conocidos: pero estas reglas de San Pablo no están hechas para el ambicioso; qualquiera del estado mas baxo y vil, si se atiende al juicio que de sí tiene, y á lo que cree que vale, puede subir y colocarse en la graduacion mas elevada; y sin pasar por medio alguno, halla en sí mérito para llegar á poseer el empleo. El órden de la Providencia es, que las dignidades esten divididas, y aun hay algunas que son expresamente incompatibles; pero el ambicioso es superior á este órden, y lo que es incompatible para los demas, no lo es para sí. Lo que muchos otros mas hábiles que él no ejecutarían, lo executará él solo. El lo puede todo, y todo á un tiempo; y porque para tantas funciones y encargos unidos sería menester á un tiempo mismo estór en diversos lugares, por un milagro que espera de su ambicion, puede á un tiempo mismo estór aquí y allá; ó sin salir de un lugar, hacer aquí lo que no se puede hacer sino allá.

Christianos, creeríais vosotros si no os lo hiciera yo observar, y si á fuerza de verlo, no estuvierais acostumbrados á no admiraros de ello? Creeríais vosotros, que la ambicion de los hombres hubiera podido arrastrarlos, hasta buscar los honores, para los cuales, segun el testimonio del mismo Espíritu Santo, la primera condicion que se requiere es ser irreprehensible? Ved, no obstante, lo que el espíritu del mundo ha producido en el Christianismo, y en la Iglesia de Dios. Es menester, dice San Gregorio Papa, ó que el ambicioso juzgue que con efecto es irreprehensible, ó que no tenga dificultad en contradecir al Espíritu Santo. Y tan léjos está de considerar su proceder como un pecado contra el Espíritu Santo, que ni aun escrupulo forma de ello. Señal evidente de que la prestuncion le hace obrar; y que en su opinion no teme contarse entre los irreprehensibles y perfectos. Pues la temeridad de los ambicio-

Tom. VIII. Dominicas. C 505

sos del siglo llega hasta este extremo, quando no se halla reprimida por la conciencia, ni gobernada por la Religión.

Pero al fin (dicen) esto y todo lo podemos del mismo modo que los demas. Yo les respondo con San Bernardo: qué consecuencia sacais de eso? Si otros mil sin mérito, y sin las condiciones que se requieren, se han elevado á un ministerio ó empleo semejante, sois mas capaces porque ellos no han sido mas dignos que vosotros? El estar en aquel cargo como otros que no han podido desempeñarlo, no convence vuestra insuficiencia é incapacidad? Pero si cada uno se juzgase á si mismo con esta severidad, quién ocuparia y llenaria todos los cargos y empleos? Ah! Christianos, no nos inquietemos por lo que sucederia. Pensemos en nosotros mismos, y dexemos á Dios el cuidado de gobernar el mundo, que nunca faltarán sugetos que le gobiernén, y Dios por su Providencia los destinará á este fin. Si se juzgase con este rigor, muchos que no son dignos de los empleos que ocupan, empezarian á serlo desde entonces: y si muchos indignos, se hicieran la justicia de separarse, el mérito tendria libre y fácil entrada, y por mas raro que fuera, siempre se encontrarían aptos para los empleos y honores que hubiese vacantes.

Supuestos estos principios, qué partido quedará á un Christiano obligado á vivir en el mundo por profesion y por estado? Qué partido, amados oyentes míos? Ninguno otro que aquel á que la prudencia christiana, que es la única y verdadera sabiduría, le reducirá siempre; y es el de confiar poco en sí, ó no confiar nada; no estar tan persuadido, ni ser tan fácil á persuadirse de las qualidades ventajosas de su persona; tener muchos testimonios por sospechosos; y casi todas las alabanzas de los hombres por vanas; rebaxar siempre mucho de ellas, y persuadirse á que aun se atribuirá mucho, no desear honor, ni proporcionárselo; esperar á este fin la vocacion del Cielo sin prevenirla;

se-

seguir la con temor y temblor quando es evidente: y por poco dudosa que sea desconfiar de ella; no aceptar los empleos honoríficos, para los quales ha recibido de Dios algunos talentos, sin que se vea con sinceridad obligado á ello: y si está convencido de su incapacidad é inaptitud, no ceder aun á esta violencia. Asi se explica San Gregorio Papa: *Ut virtutibus pollens, invitus ad regimén veniat; virtutibus vacuus, ne coactus quidem accedat.* Y este grande é insigne Papa, tenia sin duda derecho para hablar de este modo, despues de los heroicos esfuerzos que habia hecho su humildad para reusar la primera dignidad de la Iglesia. Yo se que todo esto es muy opuesto á las ideas, y práctica del mundo; pero no vengo aquí á instruiros segun las ideas y práctica del mundo, sino á proponeros las ideas del Evangelio, y convenceros á lo ménos de su solidez y necesidad. Si el mundo se gobernára segun estas máximas evangélicas, la ambicion se desterraría de él, y reynaria la humildad: con esta se conseguiria arreglarse á la razon, se santificarían delante de Dios, y aun por lo comun se acertaria mejor para con los hombres, porque se tendria de ellos estimacion y confianza: pero sin esta humildad, á mas de que esta ambicion es ciega en sus pretensiones, y presuntuosa en sus designios, es tambien odiosa en sus consecuencias, que es el asunto de la tercera parte.

PARTE TERCERA.

Como hay dos clases de grandezas, las unas que Dios ha establecido en el mundo, y las otras que (por decirlo así) por sí mismas se erigen y levantan; aquellas que son obras de la Providencia, y estas que son como producciones de la ambicion humana, no es de admirar que causen efectos tan contrarios, no solamente en aquellos que las poseen, sino tambien en aquellos que no tienen en ellas parte alguna, y las miran con ojos desinteresados y exéntos de passion. Una grandeza legitima y

C 2

na-

natural, si es segun el órden de la Providencia, lleva en sí misma un cierto carácter, que á mas del respeto y veneracion, le grangea tambien la benevolencia y corazon de los Pueblos. Por este principio amamos á nuestros Reyes, y bien léjos de que su elevacion tenga cosa alguna que nos ofenda y disguste, la miramos con unos efectos de alegría, que nos inspiran la inclinacion y la obligacion; somos zelosos en mantenerla, y tenemos en ello nuestro interes, porque aquella elevacion viene de Dios, y debe contribuir al bien comun. Al contrario sucede en aquellas grandezas irregulares, que no tienen otro fundamento que el de la ambicion y codicia de los hombres; en aquellas grandezas, que no se llegan á conseguir sino por artificios, y por astucias, de que los Politicos del siglo se alaban en la Escritura, diciendo: *Magnas nostra excelsa, & non Dominus fecit hæc omnia.* a) Nuestro crédito, nuestra industria ha sido, y no el Señor, quien nos ha hecho lo que somos: aquellas grandezas que Dios no autoriza, porque no es su autor, por mas brillantes que parezcan á nuestros ojos, tienen un no sé qué, que nos disgusta, nos exaspera, y nos inquieta, porque nos parecen otras tantas usurpaciones y excesos, que se dirigen á trastornar la equidad pública, por la que naturalmente somos zelosos: y este carácter de injusticia que les es esencial, nos las hace odiosas. Así quando San Pedro fué elevado á la mas alta dignidad de que es capaz un hombre, qual es la de cabeza de la Iglesia, los Apostoles no se quejaron, ni tuvieron pena alguna: pero quando Santiago y San Juan vinieron á pedir al Hijo de Dios las primeras sillas de su Reyno, todos se escandalizaron, y se manifestaron indignados contra aquellos dos hermanos: *Et audientes decem, indignati sunt de duobus fratribus.* (b) Por qué esta diferencia? Ah! dice San Juan Chrisostomo, muy fácil es dar la razon. La preeminencia de San Pedro no les ir-

(a) Dent. cap. 33. v. 27. (b) Matth. cap. 20. v. 24.

irritó, porque sabian muy bien que no la habia solicitado, y que venia inmediatamente de Jesu-Christo; pero no pudieron ver sin murmurar la de los dos hijos del Zebedeo, porque velan evidentemente, que ellos eran los que con especial cuidado la buscaban, y con ánsia la apetecian. Nada hay, pues, mas odioso que estas pretensiones ambiciosas, y este solo exemplo podia ser bastante para justificar mi última proposicion.

Pero Christianos, es menester darle alguna extension, y reconocer menudamente la verdad, para quedar mas persuadidos de ella. Yo considero á la ambicion en los dos estados en que acostumbra desordenar y pervertir el espíritu del hombre: esto es, en la solicitud y diligencia para conseguir la grandeza, quando aun no se ha llegado á poseer; y en el término de esta misma grandeza, quando al fin se ha llegado á él. Pues en uno y otro estado, digo que nada tiene que no excite la envidia, que no sea objeto de aversion, y que por las otras pasiones que produce, quales son las divisiones y parcialidades que mantiene, y las disensiones y disputas que mueve, no se dirija á la destruccion y ruina de la caridad. Consultad solo á vuestra experiencia, que es en este punto mas capaz de instruirnos y convencernos que todos los discursos. Qué idea formais de un ambicioso, preocupado con el deseo de engrandecerse? Si yo os dixera que era un hombre que profesaba ser enemigo de todos los demas, esto es, de todos aquellos con quien puede tener algun respeto de interes; un hombre para quien la prosperidad de otro es un suplicio; que no puede ver el mérito, en qualquiera sugeto que se halle, sin aborrecerlo, y sin combatirlo; que no tiene fe, ni sinceridad; que está siempre pronto en las concurrencias á vender al uno, destruir al otro, desacreditar á este, y perder á aquel, aunque sea poca la utilidad que de ello espere tener; que de su imaginaria grandeza y fortuna se forma una divinidad, á la qual no hay amistad, reconocimiento, respeto, ni obligacion que no sacrifique, no faltándole, ni careciendo de dobleces y disfraces apa-

rentes para hacerlo con modestia y con honor, según el mundo; en una palabra, que á nadie ama, y que nadie puede amarle; si yo os lo figurára de este modo, no diriais que este era un monstruo en la sociedad? No obstante, por poco que reflexioneis sobre lo que todos los días pasa entre vosotros, no confesareis, que estos son los verdaderos rasgos de la ambicion quando está de pretendiente, y en la solicitud de algun fin que se ha propuesto?

Ah! hermanos míos (decía San Agustín) observad esta reflexion: Quando la ambicion fuera tan moderada y equitativa para con el próximo, como es injusta y violenta el ardor solo que infaliblemente produciria por la diligencia y pretension de una elevacion que ella misma se procuraba, debería desprender de esto vuestro corazon; y pues este zelo ó envidia es una flaqueza de que las almas mas fuertes, y aun por lo comun mas virtuosas, con dificultad suelen defenderse, y que sin embargo no dexa de alterar la caridad christiana, si nosotros tuviésemos interes en conservar esta caridad, por la qual nos manda Dios que renunciemos todo lo demas, tendríamos cuidado en no darle una herida tan peligrosa en el corazon de los otros, no manifestando un deseo tan vivo de engrandecernos. Esto solo nos mantendria en los límites de una modestia prudente, esto bastaria para que reprimiéramos la pasion y deseo de engrandecernos; pero quando añadimos á este otros cien desórdenes, que aunque no son sino accidentes, pero inseparables y peores que la substancia de la cosa; esto es, quando para sostener esta pasion, ó por mejor decir, para satisfacerla, añadimos la malicia, la iniquidad, y la infidelidad; quando por una codicia de poseerlo todo, y ser superior á todo el mundo, no podemos sufrir que á nadie se haga justicia; quando de nuestros parientes y amigos nos hacemos rivales, y despues enemigos secretos; quando con perfidias ocultas trastornamos sus designios para hacer que los nuestros tengan feliz éxito; quando les usurpamos con violencias autorizadas lo que les era debido

le-

legitimamente; quando miramos la desgracia y ruina de otro como una ventaja nuestra, y por nuestros malos officios cooperamos á ella con efecto; quando para este fin nos valemos de todos los medios de una politica desgraciada, disimulando y ocultando lo que hay, suponiendo lo que no hay, exágerando el mal, y disminuyendo el bien; y quando en defecto de todo lo demas se recurre á la mentira y á la calumnia para destruir, si es posible, á aquellos que aun sin quererlo son obstáculos á nuestra ambicion, porque tienen un mérito del que no pueden deshacerse, que es el único motivo que nos irrita y exápera: quando al mismo tiempo que nosotros obramos así respecto de los demas, para que no se eleven y sean superiores á nosotros, nos parece insoportable que los demas tengan solamente el menor pensamiento de oponerse á las intenciones que tenemos de conseguir superioridad sobre ellos; quando por poco que ellos hagan ó adelanten, concebimos contra ellos resentimientos mortales, y odios irreconciliables: (porque todo esto sucede, y necesaria discursos enteros para representarlos todo lo que hace la ambicion y todas las extratagemas de que sirve con perjuicio de la caridad y union fraternal, para llegar á conseguir los fines que se propone; esto es, lo que el espíritu del mundo le inspira) quando nosotros, digo, procedemos de este modo. Ah! hermanos míos, no es una consecuencia necesaria, que siguiendo máximas tan detestables como esta, vengamos á ser el objeto de la indignacion de Dios y de los hombres?

Pero qué sería, si yo quisiera ahora extenderme sobre el otro punto que he propuesto, y os hiciera ver el exceso de la ambicion, quando ha llegado ya al término de sus esperanzas, y se halla en la posesion de lo que pretendia? Qué uso, ó por mejor decir, que abuso, y qué profanacion no hace entónces de la grandeza! Vosotros lo veis. Qué arrogancia y orgullo no es el del ambicioso, que se vale de su fortuna para no tener ni observar atencion con persona alguna; para tratar

tar

tar con desprecio á qualquiera inferior á él; para esperar y recibir los respetos y adoraciones; para querer que todo se rinda á su poder, para decidir de todo, y arreglarlo todo, y afectar ademanes de autoridad y de independencia! Qué dureza no tiene para hacer valer sus derechos, para exígir con imperio lo que cree se le debe, para llevar con orgullo y soberbia lo que no le pertenece, para continuar sus venganzas, para oprimir los pequeños, para humillar é insultar los grandes! Qué ingratitud no es la suya para aquellos mismos que le han hecho los mayores servicios, y á los que puede ser les deba toda su fortuna, desdeñándose, y teniendo á ménos baxarse á ellos en adelante, y olvidándolos! Una hora de prosperidad hará á un favorecido que desconozca y olvide una amistad de treinta años. Qué fausto, y qué esplendor no tiene para deslumbrar al público, para llevarse todas las atenciones, y dar á sus principios un lustre que realce su baxeza, y borre su obscuridad!

Aquí es, Christianos, donde debo hacer os observar la diferencia de las dos especies de grandeza que he distinguido ya, y de que os he hablado al principio de esta tercera parte: esto es, de la grandeza natural y legitima, establecida por Dios; y de la grandeza artificial, si se me permite explicar de este modo, que no tiene otro apoyo sino la industria y ambicion de los hombres. La primera, que es la de los Príncipes, y la de todos aquellos que por su cuna é ilustre sangre tienen la superioridad, es por lo comun civil, afable, dulce, indulgente y benéfica, porque es de la naturaleza misma que la de Dios. Como por sí misma está segura, y no tiene que temer contestacion ni duda alguna, no procura manifestarse tanto, y no es zelosa de un dominio que enteramente tiene adquirido; ántes bien, léjos de envanecerse, y hacer alarde de sus distinciones, en algun modo las olvida; porque sabe muy bien, que no las olvidarán jamas: pero la otra es por el contrario, una grandeza violenta, orgullosa, áspera, delicada, y zelosa en extremo de sus privilegios, inflexible é intra-

table, bronca y desdeñosa. No pudiendo ocultar el origen donde ha salido, y temiendo que el mundo no perderá enteramente la memoria, procura suplir esto con una pompa orgullosa, con un imperio tiránico, y con una severidad inflexible en sus prerrogativas. Esto supuesto, es de admirar que esté expuesta á las envidias, á las murmuraciones, y á las enemistades: Es verdad que exteriormente se le honra, pero en lo interior se le aborrece; se le rinden ciertas venerationes y vasallage, porque se le teme, pero estos son respetos violentos y forzados; se apetecería que se aniquilára, y la menor desgracia ó fatalidad que recibe, se mira como un motivo de alegría, y como un triunfo. Si á cara descubierta no se le puede combatir, se le despedaza secretamente, y si al fin se presenta la ocasion de manifestarse y abatirle; á qué extremos no se dexan arrastrar contra él, y qué exemplos tan funestos y trágicos no se han visto?

Bienaventurados los humildes, que contentos con su estado y condicion saben contentarse en él, y ceñir en él sus deseos: poseen á un tiempo mismo el corazon de Dios y de los hombres. No es esto decir, que no puedan subir á las dignidades mas altas: porque la humildad no permanece siempre sepultada en sus tinieblas, y Jesu-Christo nos da hoy á entender, que por lo comun, aun en esta vida será ensalzada y engrandecida: *Qui se humiliat, exaltabitur*; sino porque ella no procura sus adelantamientos, ni manifestarse en los primeros empleos; porque siguiendo el consejo del Hijo de Dios, no solicita, ni toma sino el último lugar: *Recumbet in novissimo loco*; porque para que se resuelva á ocupar qualquiera otro, es menester llamarla, forzarla, y en algun modo violentarla: *Amice, ascende superius*; porque aun mudando de estado no muda de afectos, ni de conducta, y por hallarse elevada no está, ni con ménos sumision á Dios, ni con ménos caridad para con el próximo, ni ménos desprendida de sí misma; porque los honores, en lugar de lisonjearla, le sirven de

-Tom. VIII. Dominicas. D car-

carga, y en lugar de sacar de ellos una gloria falsa, los vuelve en confusión suya, y nunca emplea con mas voluntad el poder de que se halla revestida, que quando se trata de aliviar, ó de hacer bien; y aunque se la viese en la cumbre de la grandeza, no solamente se la veria colocada allí sin dolor, ni quebranto, sino que no habria persona alguna que no la aplaudiera, que no estuviera de su parte, que no la respetára, y que no la canonizára. No obstante, todos estos elogios del mundo, y la voz de los Pueblos á su favor, de nada le servirían, si Dios no le añadiera sus recompensas eternas; pero así como resiste á los ambiciosos y soberbios, así tambien á los humildes comunica su gracia en la tierra, y los prepara una corona inmortal en el Cielo, al que nos conduzca, &c.

SERMON

PARA EL DOMINGO DECIMOSÉPTIMO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Sobre el carácter del Christiano.

Congregatis autem Phariseis, interrogavit eos Jesus, dicens: quid vobis videtur de Christo?

Estando juntos los Fariseos, les preguntó Jesus, qué pensais de Christo? San Mateo al cap. 22.

v. 40. y 41.

SI la pasion no hubiera cegado á aquellos falsos Doctores de la Ley, podian fácilmente responder á la pregunta que les hacia el Hijo de Dios, y descubrir en su persona todos los rasgos y señales de aquel Christo ó Mesias, que tanto tiempo habia esperaban, y que actualmente tenian en su presencia, y á su vista. Testigos de tantos milagros como obraba, mandando á las olas del Mar, arrojando de los cuerpos á los Demonios, sanando los enfermos, y resucitando los muertos, no debian sin duda reconocerle, y decirle: El Christo de quien nos habláis sois Vos mismo? En quanto á nosotros, amados oyentes míos, no reconocemos otro, pero respecto de lo demas, por mas importante y necesario que pueda sernos el conocimiento de este Hombre Dios, es un asunto, dice San Juan Chrisóstomo, que los Ministros del Evangelio casi no deben en sus